

CAPITULO 1

[Regresar al indice de ARTE DOMINICANO](#)

[Regresar al INDICE de PRECURSORES](#)

Las emigraciones, 1795-1822.— Mata Tesada y Simón de Portes.— El acuarelista francés Garnerey.— La vida aventurera de Benito Chasseriau.—[Teodoro Chasseriau](#), de Samaná a Paris.

De 1795 a 1822, aciagos años en que se realiza la más insólita serie de dramáticos sucesos de la parte oriental de la Isla, la cesión a Francia, las invasiones de 1801 y 1805, la guerra de la Reconquista, el retorno a España, la Independencia Efímera bajo el ilusorio amparo de Bolívar y finalmente la ominosa dominación haitiana, se produce también una alarmante serie de agotadoras emigraciones, en las que van artistas y letrados a brillar en otras playas, a veces compensadas por el arribo de algún notable artista extranjero, como Garnerey, o por el nacimiento, en nuestro suelo, de un genio de la pintura como Teodoro Chasseriau.

Entre los emigrantes de entonces se cuenta el dominicano Juan de Mata Tejada, nacido en Santiago de los Caballeros en 1790 y fallecido en Santiago de Cuba en 1835, a quien cupo la gloria de ser el introductor de la litografía en la Isla hermana. De aquí emigró en la adolescencia: estudió en la Universidad de La Habana. Fue Profesor de Dibujo y Geometría en el Colegio Seminario de San Basilio el Magno, “porque en lo que realmente sobresalía era en el dibujo y la pintura. Se dedicó, además, a burilar la piedra y en 1824 presentó algunos trabajos litografiados,

que fueron los primeros que se hicieron en Cuba, y probablemente en el resto del mundo hispanoamericano”. [\[1\]](#)

Años después de la ausencia de Mata Tejada, en 1823, emigró de su Patria, aventado por el huracán haitiano, el prócer Simón de Portes, pintor, miniaturista, discípulo del Dr. José Núñez de Cáceres, compañero de lides patrióticas, en pro de Cuba, del Cantor del Niágara, y finalmente personalidad conspicua en la tierra mexicana, su postrer asilo, donde fundó hogar que le dio uno de sus últimos Presiden-tes a la Nación Azteca, Emilio Portes Gil. De Simón de Portes se conserva, entre otras, la más importante de sus obras: una excelente miniatura de su amigo el poeta domi-nico-cubano José María Heredia. [\[2\]](#)

En los tiempos en que Mata Tejada emigraba hacia Cu-ba, llegaba a Santo Domingo, en forma dramática, náufrago en la Batalla naval de la Bahía de Palenque, en 1805, entre franceses e ingleses, el célebre pintor y grabador Hippolyte Jean Baptista Garnerey, quien ejerció aquí su arte, fugaz-mente. [\[3\]](#)

Al celebrado acuarelista se refiere su amigo Delafos-se, en Esconde campagne de Saint-Domingue, al relatar las peripecias de los náufragos de Palenque, algunos de ellos convertidos en improvisados actores en el Teatro que fundaron entonces con la ayuda del General Ferrand. Cuenta Delafosse:

El Teatro. Aun aquí se reconoce el carácter francés. Algunas personas sanas entre aquellos pobres náufragos, menos marineros que sus compañeros, Garnerey, Barré, Ba-llerant, Cagnewr y Viviant, pidieron al general un local pa-rra construir en él una sala de espectáculos, con el fin de representar comedias. Esto faltaba en nuestra instalación de la ciudad; jamás se habían representado comedias entre los españoles. Olvidando pues, sus infortunios, aquellos jóve-nes representaron. Se les dio una iglesia que pertenecía a un antiguo convento de mujeres, Santa Regina la que desde hacia mucho tiempo servía de almacén de artillería (para los carros y cureñas). La santa, en el nicho que estaba sobre el frontispicio, fue reemplazada por la palabra: Teatro. (Garnerey, que vive hoy en Paris y es pintor de aquellas acuarelas inimitables firmadas II. G.... y, fue el pintor de todas las decoraciones. Como se quedó en la colonia, fue empleado en la administración de las sucesiones vacantes y soldado de una compañía administrativa formada más tarde.

Por aquellos años tuvo la Isla de Santo Domingo, Sa-maná, su aledaño villorio de El Limón, la gloria de ser la cuna de un grande artista de renombre universal, Teodoro Chasseriau, nacido allí el 20 de septiembre de 1819 —o quizás en 1809, en tiempos de la España Boba— hijo de Benito Chasseriau y de la samanesa María Magdalena Couret de la Blagniere, hija del rico propietario francés Couret de la Blagniere, nacida en Samaná en 1791. [4]

Toda una urdimbre de sucesos extraordinarios envuel-ve el nacimiento del egregio pintor samanés, hasta que, de-jando atrás los

mares antillanos, se convirtió en discípulo de Ingres, fervidamente elogiado por críticos tan insignes como Teophile Gautier y Paul de Saint Victor.

La vida de Benito Chasseriau, “hombre de espíritu aventurero e inquieto”, como dice Henry Marcel, uno de los biógrafos del pintor, es casi una novela, según la refiere él mismo en memoriales inéditos, desconocidos hasta ahora:

Nació en La Rochelle en 1780, último de los 17 hijos de un comerciante de la Villa, fallecido en 1785. A la muerte de su madre, en 1794, estaba en el Colegio. Entonces comenzó su odisea.

De empleado de oficina pasó a la famosa Expedición de Egipto, como Secretario del General Damas, Jefe de Estado Mayor del General Kleber. Después de la partida de Napoleón pasó al cargo de Administrador de dos provincias: tenía entonces 19 años de edad.

Volvió a Francia con el General Belliard. En 1802 vino a Santo Domingo en la memorable expedición del General Leclerc.. Triunfante la bárbara insurrección de Dessalines, se vio obligado a pasar, de Cabo Haitiano, a la parte española de la Isla, cedida a Francia, poco después bajo el Gobierno de Ferrand.

Fue entonces —dice Chasseriau— cuando conoció a la joven que no tardaría en ser su esposa: “Elia tenía 14 años y yo 22; su padre, rico propietario de la parte francesa, acababa de ser obligado a abandonar sus propiedades... El General Ferrand me nombró

Secretario General de la Colonia y mi suegro, con los esclavos que había salvado y algún dinero que yo me había procurado, fundó una nueva finca, que llamó La Perseverancias en la confluencia del Isabela y del Ozama, de un terreno que habíamos comprado..

Infortunadamente, la finca de Couret y de Chasseriau fue pronto asolada por Dessalines, en su cruenta invasión de 1805.

Salvados milagrosamente, ambos volvieron a dedicarse a la agricultura, activamente protegida por Ferrand, pero esta vez en Samaná, donde había de erigirse, de acuerdo con los espléndidos planos que aún se conservan, la Villa Na-poleón, bello propósito que no pasó de los trabajos preli-minares.

Abandonando su empleo, Chasseriau se dedicó a las faenas agrícolas, en campos aledaños a Samaná, donde le sorprendió la guerra de la Reconquista, la lucha dominico-francesa de 1808-1809, que le hizo emigrar e Curazao, en 1810. De allí pasa a Caracas, con su familia, donde se asocia a la causa de Bolívar. Viaja por Venezuela; pasa a Saint Thomas. Viaja por Santa Marta, Portobelo, Cartagena. Finalmente se traslada a Kingston, hacia el 1814. Allí estaba en 1817, de donde sale con su familia, la esposa y tres hijos, para Francia, el 5 de diciembre de 1820. El 9 de enero de 1821 arriba a Brest y el 20 de febrero a París. El 1 de julio del mismo año entra al servicio diplomático. El 9 de diciembre de 1821 se hallaba en Martinica. Realiza dos misiones diplomáticas en la Gran Colombia. En 1832 es nombrado Vice-Cónsul en Saint Thomas; el 16 de junio de 1834 en San Juan de Puerto Rico; el 10 de diciembre

de 1839 es ascendido a Cónsul de Segunda Clase en la misma villa, donde muere el 27 de febrero de 1844 —el mismo día en que la tierra natal de su hijo se hacía libre—. La Presse, de París, dio la noticia el 30 de octubre: “M. Chasseriau, Cónsul de Francia en Puerto Rico, padre de nuestro joven y célebre pintor, acaba de morir en su puesto”.

Mientras Benito Chasseriau permanecía ausente en el servicio diplomático, su hijo Teodoro, desarrollando “su maravillosa vocación de artista”, como dice Henry Marcel, se convirtió rápidamente en uno de los más notables pintores de su tiempo. La ruidosa exposición de sus obras realizada en París en 1932 le consagró, según lo recuerda el Dr. Pedro Henríquez Ureña, “como una de las grandes figuras del arte del siglo XIX”.

En la más importante publicación francesa, en su género, L’Art de notre temps, figura Chasseriau al frente de escasa serie de grandes artistas, y a su continuación nada menos que Puvis de Chavanne, Millet —el celebrado pintor del Angelus— Capeaux, Degas y otros. El pintor figura asimismo en la selección de Cien Obras Maestras del Museo del Louvre, del Profesor Huyghe, del Colegio de Francia. Basta señalar que Ingres llamaba a Chasseriau, su discípulo predilecto, El Napoleón de la Pintura, y que Degas decía que la doble efígie de las hermanas de Chasseriau era el más bello retrato del siglo. [5]

Entre las más famosas pinturas de Chasseriau —algunas de las cuales hemos admirado emocionadamente en el Louvre— se cuentan

los retratos de su madre —del que hay copia en nuestro Museo Nacional, obsequio del Dr. H. Pieter— de sus dos hermanas y de Lacordaire, su autorretrato, Venus Anadiomena, Tepidarium y Susana en el ba-ño [6]. Los aficionados al caballo encontrarán ejemplares maravillosos creados por el arte de Chasseriau. [7]

Quizás algún día figuren por obra de algún samanés al-truista, en la Sala del Ayuntamiento de Samaná o en su Biblioteca Pública, reproducciones de la obra pictórica del máximo artista del pincel nacido en la Isla, en la modesta Villa.

Una de las originalidades de Chasseriau es la comprensión intuitiva, profunda, de los tipos exóticos. Sus viajes al Africa francesa no han hecho más que confirmar esa disposición natural en él. A esta observación de Theophile Gautier puede agregarse que esa facultad de captación de los tipos exóticos la adquirió el artista en su propia casa, en la que había una ostensible gradación de matices: el padre, blanco; la madre, criolla de Santo Domingo; las hermanas, medianamente mestizas. [8]

Nadie olvida, pues, al estudiar a Chasseriau, su raíz criolla, la sangre dominicana de la madre samanesa. Su grande amigo Theophile Gautier fue de los primeros en aludir a su estirpe: “Es un indio que ha hecho sus estudios en Grecia”, decía. “Aquellos que creían en la influencia del medio y atribuían los colores del pintor a los rayos del Sol natal, juzgaban, por ello, que él actuaba inconscientemente”, escribía Arthur Baigneres [9]. Anglaus Bouvenne, en sus Recuerdos e indiscreciones, decía: “su figura era

se arquea. La tela voluptuosa dibuja largos pliegues y curvas incitantes.

*Una mujer del Asia levántase indolente:
en su carne desnuda corre el efluvio ardiente
y con sereno hastío tiende los brazos bellos.*

*Y el pálido rebaño de Ausonia, se extasía
y embriaga, con la espléndida y salvaje
armonía
de ese torso de bronce bajo negros cabellos.*

Paul de Saint-Victor, “vieil ami de la famille de Chas-seriau, et créole comme elle”, escribió un bello artículo acerca del Tepidarium, reproducido por Benedite [\[12\]](#) con este apunte final: “No se puede terminar mejor este capítulo que citando el bello soneto de José María Heredia”. Y a continuación lo transcribía, lo mismo que Chevillard. [\[13\]](#)

¡Qué sugestiva coincidencia! Porque Heredia, como Chasseriau, tenía sus raíces en La Española. El poeta cuba-no-francés, el sonetista parnasiano de Los Trofeos —magis-tralmente traducido por un dominicano, Max Henríquez Ureña— procedía de la familia dominicana del Cantor del Niágara. Ambos nacieron en las Antillas y fueron a Francia a conquistar la gloria.

El célebre pintor era, además, hijo amoroso, como lo demuestran los óleos de su madre, de su hermano y de sus hermanas, y como se advierte en sus cartas al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, abogando siempre por su padre, ausente en Puerto Rico. [\[14\]](#)

El 8 de octubre de 1856 murió Chasseriau, súbitamente, en su casa de la calle Flechier-Saint Georges. En sus últimos momentos y en sus exequias le acompañaron egregias figuras del arte: Delacroix, Puvis de Chavanne, Moreau. Fue en París un estupor.

[1] La litografía llegó tardíamente a Santo Domingo. En 1888 existía aquí la Litografía de Billini & Rodeck, considerada la primera en el país. (Calle Separación 28). Su primer anuncio figura en el periódico El Eco de la Opinión, 5. D., No. 45, 11 ag. 1888. Herman Rodeck era además Profesor de idiomas. También trabajó su arte en Puerto Rico. (Acercas de la Litografía Dominicana ver Listín Diario, S. D., 12 nov. 1912). En el Elogio de Mata Tejada, del 10 de oct. de 1835, en la Sociedad Patriótica de Santiago de Cuba, dice:

“Las diversiones del joven Juan de Mata se reducían sólo a mudar de ocupación, y así fue que en vez de correr tras los vanos pasatiempos que deslumbran a la incauta juventud, ocurrió a las nobles artes, que animan el lienzo y el mármol, en las cuales halló su viva y fecunda imaginación las distracciones que necesita el que cultiva el árido estudio de las leyes; y si en este hizo progresos ventajosos ¿cuál no sería en aquellos a que era llamado por una irresistible inclinación? En efecto: pronto se vieron las muestras de su lápiz, su pincel y su buril, y se creyó útil darle la clase de dibujo y geometría del colegio seminario de S. Basilio el magno, donde una numerosa concurrencia de jóvenes de la provincia recibió sus lecciones. En E. R. D., Apuntes y Documentos, S. D., 1957, p. 276-288).

[2] Precisamente en una carta del escritor cubano Domingo Del Monte —de origen dominicano— dirigida a Heredia en fecha 14 de octubre de 1826, le hablaba de Simón de Portes, artista y letrado. Le (Continuación 2) decía: “El es Abogado y tiene además el arte de re-tratar en miniatura con cuyos recursos nunca, ni en ningún tiempo puede pasarlo mal. ... (Así consta en artículo de Rafael Matos Díaz, Algunos datos acerca de don Simón de Portes, publicado en Listín Diario, 5. D., 17 nov. 1940.

Por entonces las miniaturas se usaban no sólo colgadas del cuello, en áureos medallones, sino también en las pulseras. Entre las alhajas de doña Ana Osorio, en 1811, se contaban unas “pulseras de retrato”. En México, desde muy lejanos tiempos, como dice Romero de Terreros, se emplearon láminas de cobre para pinturas pequeñas o de tamaño moderado. En Santo Domingo ocurriría lo mismo: hemos visto, en manos del Dr. Alcides García Llubes, un retrato en metal del P. Gabriel Rudescindo Costa y Ramírez, padre del historiador nacional García.

[3] Hippolyte Jean Baptiste Garneray, pintor y grabador, nació en París el 23 de febrero de 1787 y murió allí mismo el 7 de enero de 1858. Fue el tercer hijo de Juan Francisco Garneray. En 1819 obtuvo una medalla. El 27 de enero de 1852 fue condecorado con la Legión de Honor. De 1831 a 1858 figuró en el Salón, con temas diversos, particularmente paisajes. Hay obras suyas en los Museos de La Rochelle, de Vire y de Douai. En la Biblioteca Nacional, París, (Volumen AA5, DC, 128) hemos visto algunas obras de Garneray: Vista de una finca, cerca de La Habana; dibujos humorísticos y otros dibujos diversos. Hemos visto, además, cuatro bellos grabados de Garneray, publicados en París por Goupil & Vibert, Montmatre 15, rue Lanery 7, (grave par A. Durand), con el título de La vie d'un navire: Le jour de fete, La sortie du Port, La Tempete, Le Naufrage.

Este último grabado nos recuerda que el joven pintor naufragó en las costas de Santo Domingo, en Palenque. Véanse diversas estampas de Garneray, de La Habana, en la Revista del Instituto Nacional de Cultura, La Habana, N° 3, junio 1956.

[4] La cronología de Benito Chasseriau, según su propio testimonio, crea una seria confusión en cuanto al año del nacimiento del pintor: en Samaná, el 20 de septiembre de 1819. Y es el caso que Benito Chasseriau dice que salió de Samaná, con su familia, por el 1810; que en el período 1817-1820 estaba en Kings-ton, también con su familia, de donde partió para Francia. Y en ninguno de sus memoriales, reproducidos en esta obra y hasta ahora inéditos, dice que volvió, en el lapso 1810-1820, a la Isla. Es presumible, pues, que el pintor naciera no en 1819 sino en 1809. Otros datos vendrían a robustecer esta presunción. Benito Chasseriau se casó hacia 1806. Su hijo mayor tenía, en 1821, según su padre, 13 años, y por consiguiente nacería en 1807 y los demás hermanos, incluso el pintor, en 1808, 1809 y 1810. Si se acepta que haya omisiones o falsedades en los testimonios de Benito Chasseriau, entonces cabría presumir que dejó a su familia abandonada en Samaná y que volvió de 1818 a 1819, naciendo entonces el pintor. Hay constancia de que Benito, como se indicó antes estaba en Kingston en 1817, y que salió de allí en 1820.

[5] Dice Primet: “Casi todos los pintores que han trazado la imagen de un ser querido, como Rafael, Holbein, Vinci, Chasseriau, Whistler o Manet, han creado una obra maestra, tal vez sin saberlo, por el solo milagro de la afección y del amor”. (René X. Primet, Iniciación a la pintura. Editorial Poseidon, Buenos Aires, 1945, p. 53).

[6] En la Biblioteca Nacional, París, examinamos la preciosa colección de Chasseriau, Peintures et dessins (Tome II, D.C. 203) formada por las siguientes obras:
La Virgen de los candelabros, Ninfa durmiente, Estudio para un cuadro de danzarinas españolas, Esther, Apolo y Dafne, Jesús en los Olivos, Bañista, Interior oriental, Visión de San Antonio.
Retratos: Ernesto Chasseriau, hermano del pintor, Subteniente de Marina, muerto en Bazeilles, Sedán, al frente de su Regimiento, el 2 de septiembre de 1870; Alejandro Dumas padre; Th. Gautier; Lacordaire, Lamartine, 1844; Tocqueville.

En poder del distinguido médico dominicano Dr. Ramón Brea Messina, recién fallecido (1971), hemos

visto un pequeño óleo de Chasseriau.

[7] El caballo, animal decorativo por excelencia, claro que lo fue para el gran pintor. Theophile Gautier, amigo del artista, dice:
 “Chasseriau, cualidad rara en un pintor de historia, conoce a fon-do el caballo, y cuando las conveniencias del tema le permiten introducirlo en una composición, sabe siempre sacar buen parti-do de ello”. (Benedite..., p. 440). Es notable la abundancia de caballos en la pintura de Chasseriau, seguramente debido a su viaje a Algeria en 1846, ocasión en que tuvo tan fecundo contacto con el árabe, tantas veces tema de sus obras. Quién sabe si encon-traba allí algo que reavivaba en su imaginación de artista la evo-cación del Trópico, de su ya distante Samaná. Véase Leonce Be-nedite, Theodore Chasseriau, sa vie et son oeuvre. París, 1931, To-me II. En esta obra aparecen no pocos óleos y dibujos del artista en que figura el caballo

[8] Chasseriau vivió en Paris en la Avenida Frochat, en la que Dumas, otro nativo de la Isla, escribió Los Tres Mosqueteros.

[9] Chasseriau, como Delacroix, fue al Africa a pintar odalis-cas, guerreros y caballos árabes, pero, como si cediese al incons-ciente mandato de la sangre, en su pintura lo africano era .en cierto modo lo antillano.

[10] Mención de las obras de Baigneres y de Bouvenne, más adelante, en la Bibliografía de Chasseriau, en el Apéndice.

[11] Paul Guinard, Arte francés. Colección Labor. Barcelona, 1931, p. 106.

[12] Leonce Benedite, Theodore Chasseriau. Tome II, París, 1931, p. 430-432.

[13] Volvert Chevillard, Un peintre romantique, Theodore Chasseriau. París, 1893

[14] Figuran en el expediente personal de Benito Chasseriau, que hallamos en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranje-ros. de Francia (París, 1951), del cual copiamos las piezas más importantes, incluidas en el Apéndice de este libro. No parecen haber sido conocidas por los diversos biógrafos del artista.